

LA IA AL SERVICIO DE LA PERSONA

Lic. Agustín Peluffo

Buscar y hallar a Dios en las tecnologías de nuestro tiempo

En el corazón del dinamismo ignaciano late una certeza fundante: el mundo, con todas sus complejas transformaciones históricas, no es un territorio ajeno a la gracia, sino el escenario mismo donde Dios habita y trabaja. Frente al avance digital, casi todos terminamos cayendo en la misma trampa: o nos encandilamos pensando que va a resolver la vida, o nos asustamos creyendo que viene a destruirlo todo. Sin embargo, la espiritualidad de San Ignacio de Loyola nos invita a una postura más audaz y madura: la de reconocer que la tecnología es un talento, una creación humana que, concebida desde el bien, constituye un don puesto al servicio del desarrollo humano integral. En términos ignacianos, la IA, los algoritmos y las redes son “creaturas”, un regalo de Dios al servicio del hombre, instrumentos que no poseen un valor absoluto en sí mismos, sino en cuanto ayudan al ser humano a alcanzar el fin para el cual ha sido creado: la justicia, la fraternidad, la verdad y el servicio amoroso al prójimo.

Tantum Quantum: El uso ordenado de las herramientas digitales

La espiritualidad ignaciana propone la regla del “tanto cuanto”: utilizar las realidades creadas en tanto en cuanto nos acerquen al fin de la solidaridad y el bien común, y liberarnos de ellas en la medida en que nos desvíen de esa meta. Aplicar este criterio a las tecnologías emergentes permite comprender la urgente necesidad de una ética del diseño y de la responsabilidad profesional. Como vienen señalan varios especialistas de nuestro medio, la verdadera innovación no está en reemplazar el discernimiento humano, sino en potenciarlo. Herramientas bien pensadas, diseñadas con criterios de privacidad desde el origen, trazabilidad transparente y anonimización de datos, cumplen la función de liberar a las personas de cargas repetitivas para devolverles lo verdaderamente sustancial: el tiempo para la escucha de la persona, la valoración prudencial del caso complejo y la cercanía compasiva hacia quien busca justicia. La IA puede procesar datos e imitar estructuras de lenguaje con una velocidad asombrosa, pero es incapaz de amar, de perdonar, de sentir compasión o de discernir éticamente. Confiar ciegamente en un algoritmo es renunciar a la libertad y al juicio moral. En cambio, cuando la tecnología ocupa su lugar de herramienta, se resguarda lo fundamental: que la persona es el centro de la escena y nunca una pieza más de la máquina.

Descentralizar la tecnología no alcanza si no nos comprometemos nosotros

Uno de los avances más valiosos de esta nueva etapa de internet (la Web3 y las redes descentralizadas) es que permite construir confianza entre personas que no se conocen, mediante reglas matemáticas claras y transparentes. La criptografía se vuelve una aliada para cuidar nuestro espacio más íntimo, la libertad de conciencia y la privacidad frente a la vigilancia masiva o el negocio de nuestros datos.

Sin embargo, desde una mirada espiritual e ignaciana, repartir el poder en redes de computadoras no alcanza si no va acompañado de una “descentralización cultural”, es decir, la formación de nuestro carácter

ético y la responsabilidad de cada uno. Ningún programa de computación o contrato inteligente (*smart contract*), por más seguro o automático que sea, puede reemplazar a la honestidad ni garantizar una sociedad justa por arte de magia.

Es ahí donde el discernimiento se vuelve indispensable. Discernir en la era digital significa mirar más allá del entusiasmo del momento, cuestionar los discursos de fondo y apostar por un desarrollo verdaderamente humano. Un camino que ponga siempre en el centro la dignidad propia de cada persona y el cuidado de la Casa Común.

El Magis y la Cura Personalis: Mayor servicio desde el cuidado de los más vulnerables

El espíritu del *Magis* ignaciano no significa la búsqueda de un rendimiento de tipo eficientista, competitivo o acumulativo, sino el deseo de buscar “el mayor bien”, la mayor gloria de Dios que se traduce en el servicio más profundo a los demás. En el entorno tecnológico se busca la posibilidad de interrogarnos: ¿A quién beneficia esta estructura? ¿Está abriendo espacios de equidad y participación, o está profundizando las brechas de exclusión? Este compromiso exige asumir la “cura personalis”, el cuidado de la persona en su totalidad, en todas las dimensiones de la vida digital. Implica acompañar especialmente a las jóvenes generaciones, expuestas a la sobreestimulación de las pantallas, la pérdida de la atención y la seducción de respuestas inmediatas, educándolas no solo en la competencia técnica, sino fundamentalmente en la capacidad de decir “no” a la inmediatez cuando esta ahoga el pensamiento crítico, la memoria histórica (la capacidad de recordar, comprender y aprender del pasado) y la libertad interior. La integridad académica y la honestidad en el ejercicio profesional se vuelven, de este modo, ejes no negociables para contrarrestar la cultura de la simulación y el engaño.

El camino de Nehemías y la Mirada desde el Magnificat

En su reciente Carta Encíclica “Magnífica Humanitas”, el Papa León XIV contrapone el orgullo de la Torre de Babel, símbolo del poder tecnológico autosuficiente que termina por confundir los lenguajes y dispersar a la humanidad, con la actitud humilde y laboriosa de Nehemías. Frente a una ciudad en ruinas, Nehemías va a la oración, convoca al pueblo y emprende una reconstrucción comunitaria “pieza por pieza”, donde cada familia y cada artesano asume su propio tramo de muralla con responsabilidad compartida. Ésa es la invitación al cristiano y a los profesionales, con consciencia en la era de la inteligencia artificial y blockchain: no ser espectadores paralizados ante los riesgos de la tecnología, ni profetas del desastre, sino constructores pacientes de la “Civilización del Amor”.

Modelar el futuro tecnológico desde la espiritualidad implica, en definitiva, asumir la mirada del Magnificat de María: interpretar la historia y la innovación no desde la lógica de los poderosos, de la guerra o de la ganancia desmedida, sino desde la mirada de los pequeños y vulnerables, que muchas veces son invisibilizados del sistema. La IA tiene la capacidad de ampliar el alcance de nuestras acciones, y junto con la

sabiduría de la fe, el discernimiento constante y el amor de Dios pueden señalar una dirección diferente, transformando las redes de código en verdaderos lazos de fraternidad humana.